

ANTHONY BURGESS

“1984” en la cita de 1984

Numerosos comentaristas de Orwell y de su distopía célebre (o mejor dicho cacotopía, según la expresión de John Stuart Mill, pero seguramente no utopía) parecen dejar de lado lo esencial. Preocupados por relacionar su *1984* con el año en que vivimos, toman aquél por una profecía. Lo que nunca ha pretendido ser, según creo. *Tiempos futuros* de Aldous Huxley estaba mucho más cerca de ello; pero, al no estar situada en ningún año preciso, su profecía no tiene ninguna posibilidad de ser confrontada alguna vez con una realidad a fecha fija. Orwell, en cambio, ha prendido el año de acuñación sobre su novela: de ahí los intentos a menudo fútiles de controlar la veracidad del profeta. La verdad es que si Orwell, al escribir su novela en 1948, situó los acontecimientos en 1984 fue porque el año le parecía lo bastante alejado como para ser mítico, más allá de la trasposición simbólica del otro, que constituye el verdadero tema del libro. Ya que *1984* trata no del futuro sino del pasado, pese a algunos injertos de lo imaginario. Todo el que recuerde el Londres de 1948 lo encontrará fielmente reproducido en gran parte de *1984*: la Casa de la radio (Ministerio de la Verdad en Orwell), las atroces cantinas con charcos de guiso semejante a un vómito, el racionamiento, la escasez de tabaco y de hojillas de afeitarse, las ruinas no retiradas, las calles grumosas, la sensación penetrante de suciedad, el olor omnipresente del repollo hervido. ¿Y exactamente qué está injertado en eso? Ni más ni menos que un extravagante sistema filosófico llamado “Solipsismo colectivo”.

En otros términos: Orwell estaba convencido (lo prueban sus escritos periodísticos) que existe un sector oscuro de la sociedad que querría tener el poder político sin tener ninguna posibilidad de obtenerlo. Pero basta imaginar que llegara a detentarlo para que el mundo ficticio de *1984* se corporizara. A los ojos de Orwell se caracterizaba por la imprecisa imagen de seres que leen revistas “de ideas” y que conocen el sentido de las palabras “Solipsismo colectivo”. Ahora bien, Gran Bretaña, a diferencia de Francia, nunca ha tenido realmente *intelligentsia*. Uno se imagina muy bien en París un Club de Intelectuales, lleno de “cabezas de huevo” que pasean muy alto y sin vergüenza su domo olímpico. En Gran Bretaña nadie se atrevería a declararse “intelectual” por miedo a la burla. Sin embargo, el tipo existe y Orwell sentía que esta especie de individuos nutre un poderoso rencor contra el resto de la sociedad, que es por tradición violentamente antintelectual. La enseñanza, las habladurías, la literatura están abiertas a esta *intelligentsia*; el poder jamás.

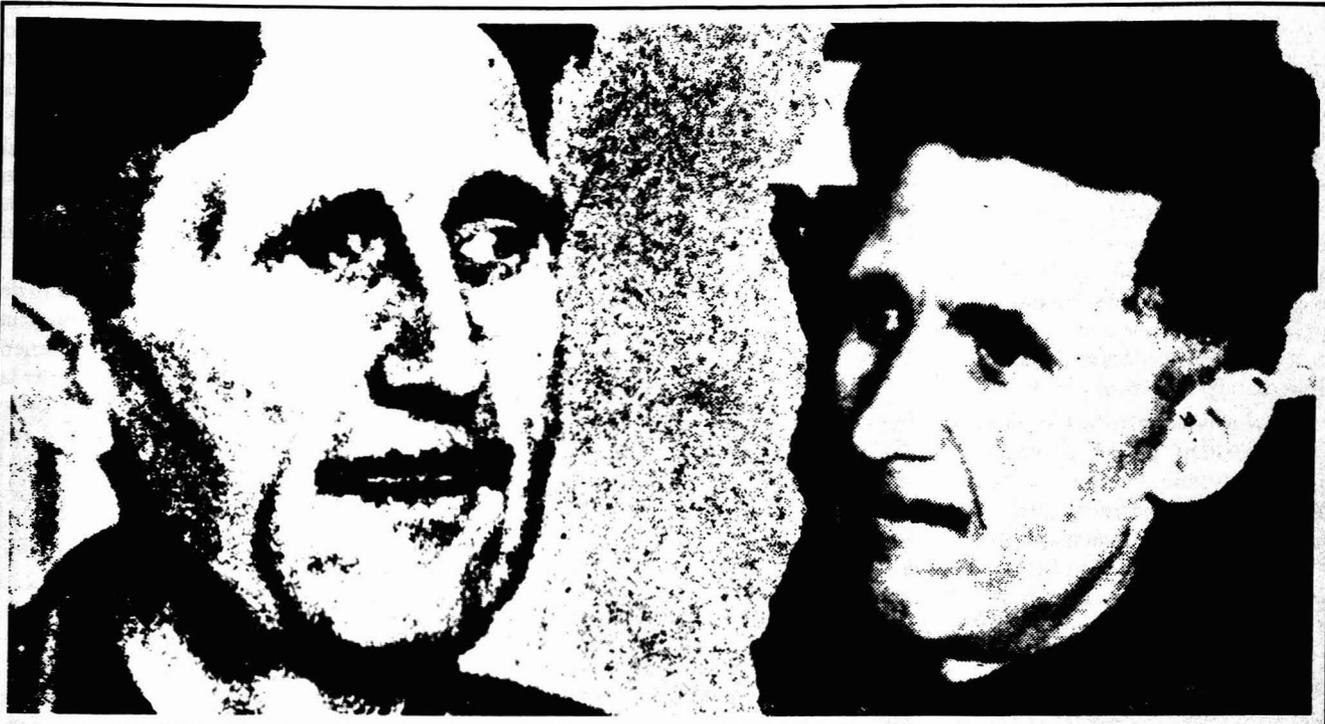
La intuición de Orwell fue la de que esos intelectuales constituían otros tantos criptototalitarios, prontos a lamerle la oreja a Stalin (si no a Hitler) y bastante inclinados a la vi-

sión de un poder fundado, como el Estado ruso, sobre una metafísica, por oposición al pragmatismo sumario de la *Realpolitik*. El carácter irrealizable del Angsoc (socialismo inglés) de *1984* hace de esa novela una sátira fantástica más que una previsión lúcida: los intelectuales en ella llevan ventaja a los demás, cuando en la realidad no tienen ninguna esperanza de alcanzar jamás esa situación.

Orwell designa el sistema metafísico que rige su Inglaterra imaginaria con un nombre atiborrado de asociaciones falsas. Este Angsoc es la traducción en “neoparl” (nuevo lenguaje) orwelliano, del socialismo inglés al que Orwell había prometido sumisión. Contiene más igualitarismo que totalitarismo; debe más a un no conformismo burgués que a Karl Marx. Pero si le damos el socialismo inglés a los intelectuales lectores de revistas de “ideas” sobrevendrá una burlesca perversión del conjunto. Quedará la denominación pero el contenido cambiará. El fundamento metafísico del dogma político será claramente formulado por jóvenes profesores agriados por no avanzar rápidamente. No sólo se planteará en él la imposible pregunta: “¿Qué es la realidad?” Recibirá una respuesta dogmática.

“Solipsismo” es un término político derivado del latín *solus ipse*: sé solo (colectivizado, esto da el Sinn Fein irlandés), que remite a una visión unilateral de la realidad: mi visión, no la de ustedes. Hay algo verdadero en la idea de que nuestras certidumbres están limitadas por nuestro aparato sensorial. Usted y yo no vemos el mismo árbol: en ese caso más vale llamar realidad a lo que “yo” veo. Del mismo modo, si podemos llevar a todo un partido político a comportarse como un solo cuerpo, lo que él verá será la única realidad, y todo el resto mentira, error, espejismo. “Solipsismo colectivo” no significa otra cosa. El partido en el poder, por un esfuerzo de voluntad colectiva decreta, por ejemplo, que $2 + 2 = 5$. La inteligencia individual se inclinará a sostener que $2 + 2 = 4$. Pero el buen nombre del partido acomodará a eso toda su visión de la realidad. Pesará por un instante la contradicción y rechazará lo que no es aceptado por el partido. Orwell llama a ese proceso el doble-pensar.

Es un ejercicio mental de los más exaltantes, aplicable a todos los aspectos de la realidad sensible. Mi memoria me dice que ayer el super-Estado de Oceanía estaba en guerra con el super-Estado de Estasia; pero el partido declara que no, que era con Eurasia. Debo entonces proceder a la corrección necesaria. La memoria controlada es uno de los aspectos del doble-pensar. La única memoria digna de confianza es la del partido. Él detenta el dogma del pasado (controla los archivos) y está siempre pronto a ofrecer una nueva versión de él mismo en servicio del presente. El pasado debe ser retocado de manera que sus acontecimientos se conformen a los del presente. No se muere: se llega a ser una “noperso-



na”, que nunca ha existido. ¿Los archivos afirman lo contrario? No hay más que falsificarlos. Pero para el partido la falsificación no existe; al contrario, hay rectificación de un registro erróneo. Y es claro que si el partido domina el pasado y el presente no puede sino dominar también el futuro. Es inamovible. Eternidad del Angsoc.

Orwell juega con una situación metafísica imposible. Pero si se lo conceden sus premisas, es evidente que su partido angsoc sólo puede subsistir eternamente en una sociedad de metafísicos. Cuando Winston Smith, el héroe de *1984*, cae en la disidencia, la acusación más grave presentada contra él es su incapacidad de pensar metafísicamente. Dicho de otro modo, no se conduce como un buen intelectual. Teniendo en cuenta la poca cantidad de intelectuales que se encuentra en cualquier sociedad no es sorprendente que, según Orwell, sólo el 15 por ciento de la población de las Islas Británicas (convertidas en Airbase 1) está sujeto a la disciplina del Estado. El resto, el 85 por ciento, que constituye el proletariado, los “proles”, no está para nada gobernado: “Únicamente los proles y los animales son libres”, dice una de las consignas del partido. El miedo universal del Gran-Hermano (Big Brother) y de la Policía del Pensamiento es inmotivado. El miedo sólo es bueno para los intelectuales disidentes, que no abundan. Gran-Hermano, encarnación del partido, no se preocupa de vigilar con su ojo omnipresente al trabajador que bebe en el bar o a la doméstica que cuelga la ropa lavada.

Muy a menudo se finge ignorar el particularismo o el sectarismo de la visión orwelliana. Su proletariado es inerte, inmutable, satisfecho con su cervecita, su lotería, sus publicaciones porno. Políticamente, carece de interés. Nunca se rebelará: es demasiado ignorante para concebir una filosofía de la rebelión, demasiado poco visionario para imaginar una vida mejor y más libre. Lo que debería horripilarnos en *1984* no es el Big Brother o la Policía del Pensamiento, es la incapacidad de Orwell (escandalosa, después de libros como *La ruta del muelle de Wigan* o *Homenaje a Cataluña*) de tomar en serio a la clase proletaria. El proletariado existe en un mundo que no tiene

nada de utópico ni de distópico —que sólo es un lugar de trabajo taciturno y de placeres morosos. El horror consiste en que es libre, pero no lo comprende. Libre, por ejemplo, de leer a Shakespeare, pero prefiere sus hojas de repollo cotidianas, que el partido califica con desprecio de “alipro” (alimento para proletarios). Los intelectuales, ellos, no tienen derecho a leer a Shakespeare si no es en un texto retocado y traducido en “neoparl”. Como es natural, todo lo que hace que Shakespeare sea Shakespeare es eliminado.

Ese “neoparl” es uno de los elementos en donde se ha creído ver una relación con el futuro de nuestra lengua. También en esto hay una equivocación. Es un sentido Orwell (y esto se desprende de su ensayo sobre “Lenguaje y política”) deseaba ardientemente una simplificación del lenguaje que obstruiría el camino a las generalizaciones nebulosas, a los galimatías y a las fanfarronadas de los políticos. En resumen, el “neoparl” es lo contrario de lo que han creído muchos comentaristas, que lo han comparado a los profusos embrollos de los políticos. Su simplicidad impide abrirse camino a la herejía, carente de vocabulario. Pero en la realidad no existe nada de eso: incluso el ruso no deja de enriquecerse y el inglés exige enormes suplementos, en perpetua gestación, a los trece grandes tomos del famoso *Oxford Dictionary*.

Es curioso que nada de lo que tenemos (con una sola excepción a la que luego me referiré) salta en las páginas de la fantasía de Orwell. En este año de 1984 tal como lo imagina no hay choques raciales (la raza no entra en los parámetros de la democracia distópica). Nada de violencia juvenil tampoco. Nada de crisis petrolera. Hay poco que comer, pero para todos. La ginebra no es cara. No hay inquietud sobre la polución de la ecología (si hubiera, el partido emplearía el doble-pensar para ahuyentarla: después de todo el mundo exterior está contenido en la conciencia colectiva). En el plano de la manipulación política existe la tortura, aunque bajo vigilancia médica: nadie muere en ella. El lavado de cerebro resulta inútil: el intelecto del intelectual es, por definición casi, forzosamente libre de conformarse al dogma, puesto que ha aprendido a servirse del doble-pensar. Las cosas son mucho peores

en Irán y en las repúblicas latinoamericanas. Lo que cojea en 1984 según lo veía Orwell no es distinto de lo que renguea en todas las distopías (como, por lo demás, en la *Utopía* princeps de Thomas Moro): el sometimiento del individuo al Estado. Nada específicamente orwelliano, entonces.

La pregunta que hoy tenemos que hacernos, y no sólo en los umbrales de nuestro año 1984, es: "¿Somos libres?". No es fácil responder. ¿Quién está seguro del significado de la palabra? De buena gana diría que su sentido primordial es: libertad de resolver los dilemas morales sin estar obligado, de elegir actuar bien o mal, sabiendo por qué. Al ampliar el círculo de esta libertad aparecería el derecho de llevar una vida privada, leer, pensar y, dentro de los límites dictados por el derecho de los demás, de actuar a su antojo.

Existe una imagen de Orwell que ha retomado nuestra mitología popular: la de la pantalla ida y vuelta que nos espía incluso en el sueño. Porque la telecámara nos persigue hoy en el dédalo de los supermercados ("¡Sonría, lo ven en la pantalla!") tenemos tendencia a pensar que se ha impuesto un límite tecnológico a nuestra libertad. Pero el aparato está colocado allí por un organismo privado y no por el Estado. Cuando creemos que nuestra vida privada está invadida por la nueva tecnología (en especial por la computadora), estamos preparados para ver en eso la mano del Gran-Hermano. Pero los nuevos medios de vigilancia y de delación cibernéticos están en manos sobre todo de los Grandes Negocios, los cuales, a pesar de todo, no son el Gran-Hermano (es interesante observar que en este momento se asiste en Gran Bretaña a un intento, fiel a la tradición conservadora, de desmantelamiento del Estado en provecho de los Grandes Negocios, precisamente).

La verdad es que se emplea el término "orwelliano" (con referencia a 1984 únicamente, excluyendo el resto de su obra), por lo general, sin ton ni son. Se ha dicho que el aeropuerto de Dallas es una "estructura orwelliana", como si ciertas formas arquitectónicas expresaran el poder de una organización secreta y malévol. En 1984 la arquitectura es la del pasado y no la del futuro. En dicha obra, Londres es infinitamente más *Belle Époque* que futurista. El partido no necesita mostrar su fuerza con ayuda de construcciones masivas a lo Hitler y a lo Speer: la realidad sólo existe en la conciencia colectiva y sólo vemos lo que el partido quiere que veamos. Tecnológicamente, el Angsoc es bastante arcaico: ha inventado la pantalla espía y se ha aplicado a la abolición del orgasmo; pero su imagen de poder es de una conmovedora y brutal simplicidad: es, por los siglos de los siglos, la bota que aplasta el rostro del enemigo. Finalmente, con 1984 Orwell nos habrá regalado algunas metáforas nuevas, la más impresionante de las cuales es el rostro de falso hermano perpetuo del Gran-Hermano, convertido en sinónimo de Autoridad anónima.

Hace algunas semanas, encontrándome en Suecia, en Göteborg, para una emisión de televisión, tuve que firmar un formulario: "No en ese blanco — me dijo la hermosa funcionaria sueca que me guiaba—. Está reservado a Gran-Hermano." Quizás la metáfora le conviene especialmente a un país como Suecia, en el que el colegio estatal ha alcanzado un grado de poder que en Gran Bretaña sería inaceptable. Pero ese poder está puesto, aparentemente, al servicio de la salud y del bienestar de los ciudadanos: incluso aunque pueda descarriarse, es raigalmente benévolo.

En Estocolmo, habiendo invitado a cenar a un amigo, no se atrevió a beber sino agua, porque había venido en auto. Ya una vez la policía lo había sometido a un test que había denunciado un poco de alcohol en la sangre. Eso aunque no había conducido de modo peligroso, estaba anotado en su per-

miso. La próxima vez le sería retirado definitivamente. La cerveza sueca es de una ligereza inverosímil. El Estado, como una vieja dama de caridad, trata el crimen (bajo el efecto o no del alcohol) como una enfermedad que requiere cuidados sonrientes. El fisco, para controlar la evasión de impuestos expide ahora cuestionarios sobre el estado pseudo-matrimonial de la gente: en otros términos, tiene curiosidad por saber si se vive en el pecado, aunque en realidad éste no sea tenido en cuenta. Atentado de la vida privada, responde la gente, pero sin poder quejarse de violación totalitaria.

La reacción ante el Estado-providencia toma el aspecto de disidencias urticantes en el sector privado: droga, violencia gratuita. La mayoría de nuestras inquietudes y miedos vienen del sector privado y no del Estado. Si tenemos que padecer la humillación de ser revisados en los aeropuertos es a causa de los elementos anti-Estado representados por los piratas del aire. Si al franquear las fronteras europeas en auto o en ferrocarril se nos somete a insolentes interrogatorios, es porque podríamos estar pasando droga. Si tememos por la noche la calle de Nueva York, París o Turín, es por culpa del bandidismo privado y no por la brutalidad de los agentes estatales. Las Brigadas Rojas, la Mafia, el Ira son más espantosos que cualquier Gran-Hermano putativo.

Al vivir en el continente, se me hace más evidente que a los ingleses de Inglaterra que ésta es infinitamente más libre que en 1948, bajo el régimen por lo menos desvergonzado, de los funcionarios de Abastecimiento. Estoy menos seguro de la libertad en Francia: la policía allí nos pide papeles y nos cuenta las divisas. Italia es tan furiosamente burocrática que sus ciudadanos hacen un punto de honra (es una tradición) en cultivar la anarquía. De todos los países de Europa el más tiránico me parece Malta, con su censura que considera subversivo el *Cándido* de Voltaire y, al considerar repugnante el sexo, autoriza tan sólo filmes de violencia. En Gran Bretaña no hay censura de libros, aunque algunos encuentran excesiva la libertad de la cultura popular. Las quejas que oigo por todas partes acusan esencialmente al Estado de descuido (con respecto a los desocupados, a los que reciben asistencia social), más que de ingerencia. Sin duda a causa del ejemplo de totalitarismo que da Europa del Este con valor de terrible advertencia, el ciudadano de Occidente se niega a dejarse maltratar por sus gobernantes. Es él el que los zarandea, y con justicia. Debo repetir que hablo únicamente de la Europa Occidental, ya que la del Este está excluida de esta reflexión.

Sin embargo hay que estar atento. Para eso tenemos que armarnos de una conciencia política más eficaz. Nunca nos impondrán el "neoparl". Pero, en Gran Bretaña y en otras partes, observo con inquietud, sobre todo entre los jóvenes, que la capacidad de pensar de modo coherente, de respetar la lógica de las palabras, de aprovechar la riqueza del lenguaje, está en regresión. Si hay un peligro para las democracias, hay que buscarlo entre sus juventudes, que querrían salir de la comunidad y seguir cultos que tienden a la abolición del pensamiento.

La libertad es una sujeción tan dura que siempre habrá quien quiera desertar. La virtud de un libro como 1984 —o *Nosotros* de Zamiatin, *Un mundo mejor* de Huxley, *Cuando el que duerme despierta* de Wells, *Uno* de David Karp o incluso *Utopía* de Moro— es su poder de recordarnos que la libertad de cualquier ser humano que tenga sentido de sus responsabilidades no tiene nada que ver con la de los "proles" y la de los animales.

Si, al fin de cuentas, el año 1984 no se revela más aterrador que 1983, se deberá en parte al hecho de que el 1984 de Orwell cumplió con su tarea.